

y privó de la vista, de suerte que no pudo ver cosa alguna, ni tampoco al siervo de Dios fray Martín que allí estaba; y así se volvió atrás, turbado y con miedo, de lo que interior, y exteriormente había sentido.

Este santo varón, fray Martín de Valencia, siendo guardián en el convento de Tlaxcalla, supo cómo en la sierra grande que le cae a esta ciudad al oriente, se veneraba y adoraba una diosa llamada Malalcueye, y la tenían por patrona y abogada de las pluvias y agua, a la cual invocaban en los años estériles y secos. Y para desarraigar y destruir esta perniciosa idolatría subió arriba, a lo alto de ella, el santo varón y quemó todos los ídolos y adornos idolátricos que halló en ella y levantó la cruz de nuestro salvador Jesucristo, y hizo una ermita, que llamó San Bartolomé. Al cual glorioso apóstol (demás de haber predicado a indios, en la India oriental, según se dice) le dio Dios poderío sobre los demonios para atarlos y desterrarlos y confundir su poder. Puso en la ermita quien la guardase para evitar y prohibir que nadie más de allí adelante invocase y llamase al demonio, dándoles a entender a los indios cómo solo Dios da el agua y a él solo debe pedirse.

CAPÍTULO XII. *De un hurto que se hizo en el convento de Santo Domingo de esta ciudad de Mexico, siendo prelado ordinario de esta nueva iglesia mexicana el santo fray Martín; y de la procesión que se hizo, donde salió desnudo el santo predicando*



UCEDIÓ EN EL CONVENTO DE SANTO DOMINGO de Mexico, en aquellos primeros años de su conversión, que una noche, estando cerradas las puertas de la iglesia de el dicho convento (como es uso) entraron, con atrevimiento sacrílego (que hasta hoy no se ha sabido quién) y descerrajando el sagrario hurtaron un cofrecito, cubierto de terciopelo bordado, dentro del cual estaba, en una custodia de plata el preciosísimo tesoro y divinísimo sacramento de la eucaristía. A la mañana vieron los religiosos abierto el sagrario y el desacato y hurto hecho; y saliendo del convento tristes, llorosos y descalzos por toda la ciudad, fueron a dar cuenta de el lastimoso caso al marqués del Valle don Fernando Cortés y a la Audiencia Real, y juntamente al santo fray Martín de Valencia, que era el que en aquellos tiempos tenía autoridad apostólica para las cosas espirituales de estos reinos, para que todos lo supiesen y ayudasen a llorar tal desgracia y no pensado acaecimiento; y procurasen, con poder eclesiástico y secular, haciendo las diligencias que tal caso requería, se descubriese tan pesado e inaudito hurto. Sintióse por todos en general este enorme y sacrílego caso con sentimiento de espíritu cristiano. Y viendo perdido este divino y celestial tesoro, con grande aflicción preguntábanse unos a otros

si sabían de él, y decíanse las palabras de el santo rey David:¹ ¿Dónde está tu Dios? Pero ignorando todos este hecho iban como en otro tiempo la esposa, en busca de su esposo, por las calles y barrios de la ciudad, diciendo a voces: ¿Por ventura, habéis visto por allá al amado de mi alma? Pero no hallando rastro de él quedaron confusos todos de este hecho.

Esta pérdida llegó muy al alma al marqués de el Valle, temiendo el escándalo de los recién convertidos a la fe; pero sobre todos lo sintió el santo fray Martín de Valencia y acordaron de hacer una procesión general, a la cual acudiesen los dos conventos (que eran los que entonces había) y toda la ciudad. Y señalando el día, concurrió todo el pueblo, así hombres como mujeres, y el Audiencia Real y marqués de el Valle. En la procesión iban todos los frailes descalzos y algunos cubiertos de ceniza las cabezas, como otros ninivitas, para pedir a Dios misericordia. Guiaba la procesión el santo fray Martín de Valencia, como caudillo espiritual de el pueblo cristiano, y llevaba una soga a la garganta, significando que él era el penitenciado y perverso pecador, por cuyas culpas había sucedido esta lastimosa pérdida. Iba predicando el varón santo fervorosísimamente, llevando por tema aquellas palabras que Cristo nuestro redemptor dijo a los que le iban a prender:² *¿Quem quaritis?* ¿A quién buscáis? Aquí ponderaba el santo cuán de veras nos ama el soberano señor, que por nuestro bien y remedio se allana tanto, que se deja manosear de manos sacrílegas, como se dejó prender, azotar y crucificar. Aquí reprehendía nuestra tardanza en acudirle y acriminaba nuestra culpa; ¿pues qué pecados le ultrajan, cuando nosotros no queremos recibirle en nuestras ánimas? Decía tales cosas, y con tal sentimiento, que levantaba la gente las voces al cielo; y no sólo lloraban los que tenían corazones tiernos, pero aun los más duros y obstinados se rendían y ablandaban al sentimiento. Y todos nobles y plebeyos, viejos y niños, derramaban abundantísimas lágrimas de devoción. Decía el santo y fervoroso religioso: Dios de mi alma, ¿qué trazas son éstas? ¿En tierra nueva permitís tal suceso? ¿No bastan las afrentas que procuran hacer los herejes en Inglaterra, Francia, Flandes y Alemania? Pero juicios secretos son de Dios (proseguía el apostólico varón) para que veamos que lo que en unos obra la herejía, en otros puede la codicia.

Fue este particular aviso de el cielo para que en esta tierra, donde el amor del oro y de la plata reina, haya temor de amarlo con demasía; pues a semejantes desórdenes y sacrilegios llega. Y por dejarnos con este temor no quiso Dios que pareciese el hurto, ni se descubriese el actor. Hubo grandes ofertas y promesas para quien diese noticia o hallase rastro del cofrecito custodia, y no se halló. Aunque después de muchos días pasados hallamos, junto a la laguna de Mexico, algunas reliquias del cofre y las trajeron al convento, donde se les renovaron a todos las lágrimas, conjeturando que para sacar la cajueta de plata, debían de haber quebrado a golpes el cofrecito y tratado sin la debida reverencia el santísimo sacramento.

¹ Psal. 47.

² Ioan. 18.